

# LAS ANTIGUAS FERRERIAS

## MIRANDAOLA, HISTORIA Y TRADICCIÓN

A corta distancia de Legazpia, junto al cruce de la carretera, que pasando por Aztiria, une los valles del Deva y del Urola, la ferrería de Mirandaola, encerrada entre las laderas de Aizeleku y Gorostiaga, nos muestra el permanente testimonio de la importancia, que en su tiempo desempeñaron estas rudimentarias instalaciones, destinadas a la elaboración del hierro, en lo que fueron los albores de la revolución industrial, que tanta importancia había de tener en la economía de nuestra región.

La elaboración del hierro, era practicada en el País Vasco, ya desde la Edad Media, siendo sus artículos solicitados, dentro y fuera de nuestras fronteras. Así, las producciones de las ferrerías enclavadas en las riberas del Bidasoa, Oyarzun, Urumea y Oria, eran —en su mayor parte— enviadas al puerto de San Sebastián, para su posterior embarque con destino a los más diversos mercados, europeos primero y americanos más tarde. Mientras las labores de las ferrerías del Deva y Urola, tras su transformación en Guipúzcoa en cerraduras, armas, herraduras u otros objetos, eran exportadas al interior del reino.

El visitante de Mirandaola, encontrará en primer término y completando el conjunto formado por la ferrería y la ermita de Santa Cruz, el case-río reconstruido en 1946 —según reza en una inscripción de su fachada principal— habitado en la actualidad por la familia Olabide, cuyos miembros siempre se encuentran dispuestos a franquear la entrada de la ferrería, al que desee conocerla, así como a informarles sobre los detalles más interesantes de la misma.

Unos toscos escalones de piedra, conducen hacia la puerta de entrada de la ferrería. Atravesado el umbral y una vez en su interior, los altos muros de piedra del recinto y la singularidad de la maquinaria allí instalada, contribuyen junto a la frialdad del ambiente, a crear al visitante la sensación de haber dado un salto atrás en el tiempo.



Trabajando el hierro en el martillo de forja

El utillaje de la ferrería «zearrola» puede dividirse en dos partes perfectamente diferenciadas: El horno con sus fuelles y el martillo de forja.

El horno «labe, arragoya o arraua» recibe el aire preciso para la combustión del carbón vegetal utilizado, mediante el accionar de dos grandes fuelles «aspoak», de movimiento alternativo, que son movidos, mediante el giro producido por el agua, al caer sobre una rueda hidráulica y transmitido a los fuelles, a través de un largo eje «ardatz».

El martillo de forja, está compuesto por una gran viga de haya «ga biardatza» de hasta 4,30 metros de longitud, en uno de cuyos extremos se sitúa el mazo, pieza de hierro de hasta 700 Kgs. de peso, que golpea el yunque «ingude», en tanto que el otro extremo, recibe el movimiento de otra rueda hidráulica, similar a la que acciona los fuelles.

Para la reducción del mineral, se procedía primero a colocarlo en el horno, donde se obtenía una masa pastosa llamada «agoia, agoa o agoe» que después era desbastada en el yunque por efecto de los golpes del mazo, cuyo número podía alcanzar hasta 100 y 110 por minuto.

Completando la ambientación, junto a las grandes tenazas «kurri-



Calentando el mineral en el horno

kak», martillos y otras herramientas, cuelgan de las paredes los recios sayones y los amplios sombreros, que eran utilizados por los ferrones como protección durante su trabajo.

Junto a la ferrería, se encuentra la ermita de San Cruz, separadas ambas por un corto pasillo de piedra. La erección de esta ermita, al igual que la reconstrucción de la ferrería, tuvo lugar en 1952, a expensas del procer legazpiarra D. Patricio Echevarría (q.e.p.d.), para perpetuar el hecho milagroso allí acontecido en el año 1580, en virtud del cual, Mirandaola no ha seguido la suerte de tantas ferrerías existentes en Guipúzcoa —sesenta y dos, según D. Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Histórico, editado en 1845— que fueron condenadas poco a poco, a la desaparición y al olvido.

El hecho aconteció el 3 de mayo de 1580, cuando los oficiales de Mirandaola, quebrantando la costumbre de no trabajar en días festivos, habían trabajado tarde y noche. Tras haber empleado más de «catorce cargas de carbón y mineral en abundancia» procedieron a extraer la masa del horno, para trabajarla en el martillo, encontrándose con gran sorpresa, un pequeño trozo de hierro en forma de cruz, que pesaba únicamente do-

ce libras, contra las setecientas ochenta que debían haber obtenido, en razón al mineral empleado y al carbón consumido.

Los ferrones asustados ante lo ocurrido, escondieron la cruz entre unas zarzas y allí permaneció hasta que uno de los oficiales, sintiéndose gravemente enfermo, confesó el hecho, que posteriormente fue puesto en conocimiento del Obispo de Pamplona, quien declaró como objeto de veneración.

La milagrosa cruz cambió repetidas veces de emplazamiento. Primeramente fue expuesta en la ermita de San Miguel —situada a escasa distancia de la ferrería— para después ser trasladada a una capilla, especialmente construida al efecto hacia 1656, donde permaneció hasta que pasó a ocupar el altar de la ermita de Santa Cruz, en el año 1952, donde actualmente se encuentra.

En el interior de la ermita, un mural de Soler Blasco representa la aparición de la cruz en el horno, mientras en la parte alta del recinto, en euskera y castellano, se nos recuerda el precepto del descanso dominical quebrantado por los ferrones de Mirandaola.

Cada año, el día 3 de mayo y con motivo de las fiestas patronales de Legazpia en honor de la Santa Cruz, por espacio de unas horas, Mirandaola vuelve a recobrar su actividad de antaño, sus ruedas vuelven a



Calentando el mineral en el horno



Trabajando el hierro en el martillo de forja

moverse y a impulsar con sus giros los fuelles de la ferrería, el fuego del horno vuelve a iluminar la estancia, mientras los golpes de martillo resuenan en los húmedos muros de piedra. De nuevo, puede verse al fundidor «urtzalle», al tirador «iyele» y al preparador de la vena «mealle», efectuando las mismas operaciones que sus antecesores realizaron cuatro siglos antes, con idéntico utillaje y en este mismo lugar.

Pasada esta fecha, la ferrería vuelve a quedar en silencio, para contemplar desde lo alto del valle del Urola, con la serenidad que le confiere su larga historia, cómo las poderosas descendientes de su modesta industria, envenenan las aguas de los mismos ríos, que dieron vida a tantas instalaciones de su especie.

Mirandaola es paso habitual de montañeros en ruta hacia las cimas de Aloña y Aitzkorri, que cruzan —en su mayoría— junto a ella, sin reparar siquiera en su existencia. Pero Mirandaola está allí junto a la carretera, ofreciendo su mensaje, estrecha mezcla de historia y tradición de nuestro pueblo, a todo el que dedique unos momentos a su visita.

ANTXON ITURRIZA

#### BIBLIOGRAFIA

LOS VASCOS.—Julio Caro Baroja

Aránzazu n.º 472.—P. Lasa

MI GUIPUZCOA.—José de Arteche

COROGRAFIA DE GUIPUZCOA.—P. Larramendi

GUIPUZCOA PASO A PASO.—Luis P. Peña Santiago

LA FERRERIA DE MIRANDAOLA.—Editada en Bilbao en 1965

DICCIONARIO HISTORICO GEOGRAFICO DE GUIPUZCOA.—P. Gorosábel